

El arte fuera y dentro de casa

Lo que muestran nuestras exposiciones

Una ojeada al viejo mundo

Un cuadro de Blanes—

Se exhibe en lo de Moretti Catelli y C.ª. Título: Demonio, mundo y carne. Sujeto: una mujer desnuda, en plenitud de vida y exuberante de formas. Data de muchos años atrás. Tiene una particularidad: está firmado por el autor. Blanes no puso su nombre al pie de casi ninguna de sus telas, y la existencia de esta se explica por la circunstancia de que «Demonio, mundo y carne», fué destinado á una de las exposiciones de París, la de 1900. No logró allí mayor éxito. Olivier Merson, miembro del Instituto, que tuvo oportunidad de verla, emitió un juicio poco favorable respecto de su mérito. Este, sin embargo, no es totalmente negativo. La figura de mujer no está mal dibujada ni menos mal modelada. Hay firmeza en la línea y redondez en las carnes. El color solo es falso, relamido como agradaba Blanes. Las extremidades de la figura son las más defectuosas, pues aparecen groseramente tratadas. En la composición se descubre mérito también, por más que sobren muchos detalles y resulte de mal gusto el exceso de chafaloría que echara alrededor de la figura, para justificar el título. Las telas constituyen una de las notas buena del cuadro, considerado por Blanes como uno de los mejores que trazó su pincel. La impresión que él produce en el público que diariamente concurre á examinarlo, es muy difícil de precisar. Mientras á unos encanta la tela, á otros descomiértala. La figura, indudablemente, llama la atención. Por bien conseguida, y por la intensidad de la expresión. A las mujeres no les gusta. Se les antoja audaz. Y es natural que eso suceda. A los hombres, en cambio, sí les gusta. Y también esto es muy natural. Y de ahí los comentarios encontrados, los anatemas, las explosiones de admiración y las protestas. Para algunos, sin embargo, el pecado capital del cuadro no está ni en la pose de la mujer, ni en el abigarramiento de la decoración, ni en lo aporcelanado del color: está en la vulgaridad que respira la obra, y que ahoga la realidad artística, que es poesía. Menos materialidad y más espíritu, piden los descontentos, á los cuales contestan los admiradores del pintor muerto que de esa materialidad es de donde surge la poesía, precisamente, del cuadro. Y así andan las opiniones, tocando los extremos. Por un lado se llega en absoluto á Blanes, en tanto que por el otro se le eleva á alturas enormes. El justo medio escapa á las exageraciones de unos y otros. Y el justo medio sería considerar á «Demonio, mundo y carne» como una tela apreciable, nunca maestra, pintada como sujeción á reglas y tendencias de tiempos ya lejanos. Tela de Blanes, al fin, que pudo ser una personalidad de relieve, y que se contentó con ser un pintor correcto, frío, sin alma, y, sobre todo, sin alas para volar alto...

Una exposición sugestiva—

Se ha inaugurado en estos días, en el Museo de las Artes decorativas, en París, la exposición de trajes—dice Fray Candil, á quien copio—son documentos históricos; otros son reconstituciones y recuerdos, como, por ejemplo, una carroza del siglo XVIII, en la cual se ven sentados unos maniqués trajeados á la moda de entonces. Henry Lavedan, que posee una colección de trajes justificadamente célebres, ha prestado á los organizadores de este Museo algunos objetos interesantes: una sombrilla de Maria Luisa, muy pequeña, de seda blanca, bordada de oro; medias bordadas de la misma; reina, con la corona

imperial; guantes de piel blanca, del periodo revolucionario; un chaleco de Marat otro de Robespierre. El chaleco de Marat no deja de ser sugestivo. Lo usó cuando era médico del conde de Artois y cuando no pensaba en regenerar a la humanidad, exterminandola. Es un lindo empuco, de seda blanca, con flores de oro y botones de seda. ¿Se concibe al sanguinario Marat elegante? El chaleco de Robespierre es impo- tente y vanidoso. Esta de acuerdo con el caracter de aquel hombre sistemático que presumia de distinguido. Es largo y ancho, de terciopelo, con chitas bandas longitudinales, con rayas rojas y blancas, con medallones que representan personajes en relieve: un soldado que levanta el sable, un paisano que presta juramento ante el altar de la ley. Esta prenda patriótica se salva del ridículo, gracias al arte exquisito del dibujante. Por último, curioso: la guillotina no figura en este chaleco congarino. El traje que ostentó Napoleón I en su consagración es una de las piezas más llamativas. La corbata, las medias, los zapatos, las ligas, los guantes, los escarapelas, del emperador se sorben todas las miradas. También figura en este Museo el meado que lleva Carlos X á su «ascer» en Reims. Por lo suntuoso (es todo de oro) recuerda el lujo oriental. Está forrado de armiño, según se pintó Horacio Vernet en su celebre cuadro que se conserva en Versailles. En la misma vitrina se ve un chabito de un par de Francia, de la Restauración. Es de terciopelo azul con bordados de oro. Los recodos no escasean en esta Exposición: un trineo de Maria Antonieta «douchine»; otro de la emperatriz Josefina; silla de dromedario de la campaña de Egipto; sable de Kleber; sable de Marat; suenos de madame Stael; abanicos, guantes y zapatos de la duquesa de Berry; zapatos del duque de Burdeos; estribos de Napoleón III; linternas de uno de los coches del conde de Chambard. Estos objetos carecen de valor para el que no vé en la historia la parte pintoresca y sentimental. De estos viejos trajes, roles por el tiempo; surge el pasado, á los ojos del artista, con más vida que de las páginas de un libro. El libro es algo inerte y mudo; pero las cosas hablan un lenguaje conmovedor, sobre todo cuando están impregnadas del aroma del recuerdo.

Los tesoros artísticos del rey Leopoldo—

Dicen de Bruselas que el rey Leopoldo ha tomado la determinación de dispersar su riquísima colección artística. A la fecha ya ha vendido algunos cuadros á comerciantes franceses. Entre los principales de que se desprenderá, figura «El milagro de San Benedito», de Rubens, por el cual pide cinco millones de francos. Una tela de Hebbema, que adquirió en 18 mil francos, fué vendida por el rey en 300.000 á un negociante parisiense. La colección comprende, además, algunos retratos de familia que el rey ha decidido poner en venta. En toda Bélgica, la emoción que esto ha producido es intensísima. Nadie niega al rey el derecho de vender sus tesoros artísticos, máxime no existiendo ninguna ley en Bélgica que prohíba la exportación de obras de arte. Pero la decisión del rey es objeto de apasionados comentarios. En los círculos de la corte se pretende que el rey ha querido dispersar su colección para evitar que, á su muerte, los acreedores obstinados de la princesa Luisa quisiesen poderarse de la herencia.

Gl Pérez.